

MÁS ALLÁ DEL CARACOL

DANIEL ATIENZA



Colección: Narrativa Nowtilus
www.nowtilus.com

Título: Más allá del caracol
Autor: © Daniel Atienza

Copyright de la presente edición © 2009 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Opalworks
Diseño del interior de la colección: JLTV
Maquetación: Claudia Rueda Ceppi

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN 13: 978-84-9763-724-4

Libro electrónico: primera edición

Para mis padres,
Jerónimo y Caty,
por haberme enseñado a vivir.

Y, por supuesto,
para ti, Yeyo,
por haberme enseñado a soñar.

ÍNDICE

Definitivamente, el tiempo se va.....	11
Parte I: Un Comienzo	
Capítulo 1	19
Capítulo 2	21
Parte II: Recuerdos	
Capítulo 3	35
Capítulo 4	59
Capítulo 5	87
Parte III: Ella	
Capítulo 6	105
Capítulo 7	125
Capítulo 8	165
Capítulo 9	207
Parte IV: Ausencia	
Capítulo 10	231
Capítulo 11	253
Parte V: Un final	
Capítulo 12	269
Capítulo 13	281

¡Cómo te pareces al agua, alma del hombre!
¡Cómo te pareces al viento, destino del hombre!

JOHANN W. VON GOETHE

Queda prohibido llorar sin aprender,
levantarte un día sin saber qué hacer,
tener miedo a tus recuerdos.

PABLO NERUDA

Definitivamente, el tiempo se va.

No importa lo mucho o lo poco que hayamos vivido, lo cerca que creamos estar de cuanto hayamos buscado durante toda una vida, o lo convencidos que estemos de tener aún cosas pendientes de hacer. Porque, al final, y a pesar de todo, de absolutamente todo, lo único seguro es que el tiempo, simplemente, se va.

Y no se va a hurtadillas, ni se va de improviso, ni se va sin avisar. Muy al contrario, se va pesadamente, casi con pereza, goteando cada uno de sus recuerdos.

Así es, ahora sé que al final, y a pesar de todo, de absolutamente todo, lo único seguro es que el tiempo, simplemente, se va. Y, con él, se van las dudas, se va la tristeza, se van las ganas de huir...

Nunca pensé que morir sería así.

Siempre creí que sería algo terrible y doloroso; que sombras atroces me congelarían el alma y empaparían mi memoria de temor.

De hecho, siempre he temido a la muerte. La he temido tanto como he temido al paso del tiempo. La he temido y, a la

vez, la he respetado, como he respetado al destino, o he respetado al mar. No en vano ha sido una constante irrefutable y, en ocasiones, incluso absurda, en mi vida, que finalmente ha venido a buscarme de la única manera en la que, hasta hace apenas unos meses, jamás creí que me pudiera encontrar.

Resulta que estaba equivocado.

No hay sombras atroces, no hay temible oscuridad, no hay dolor.

Solo hay silencio.

Silencios y recuerdos.

Recuerdos y ausencias.

Y no tengo miedo.

Junto a mi cama veo a mi hija, a mi pobre hija, llorando sobre mi mano mientras Jaime acaricia su densa melena.

No, no es por ellos por los que no tengo miedo. Ni por la mirada compasiva y tristísima con la que Pablo me observa, a la vez que roza la espalda de mi hermano con la punta de sus dedos. Ni por Mónica, o por Fran, que permanecen abrazados al otro extremo de la habitación, frente a la ventana cerrada más allá de la cual muy pronto nacerá un nuevo día que ya debe clarear sobre el trocito de playa en el que solía recibir cada amanecer con María, dibujando nuestras huellas a lo largo de una orilla que nunca parecía acabar de despertar. Ni, por supuesto, por los impertinentes agentes de policía, que perseveran en sus toscas preguntas tratando de averiguar por qué todo ha tenido que terminar así, aun con la convicción paulatina de estar ante un final que, en el fondo, no ha sorprendido a nadie que me conociera de verdad, o que pudiera llegar a intuir, al menos, lo que ella significaba para mí.

No, pese a todo, no tengo miedo.

Ni siquiera al oír ese sonido recién escapado del extraño aparato al que permanezco unido por interminables venas de plástico. Ni cuando la enfermera que me ha atendido estas últimas horas se abalanza sobre mí con los ojos muy abiertos, y trata de escudriñar este agotado corazón mío que en breve

dejará de latir. Ni cuando Jaime separa a mi hija de mi lado y la aprieta contra su pecho con la misma determinación y la misma dulzura con la que, hace muchos años, yo le abrazara a él, tras la muerte de nuestra madre.

En una ocasión escuché que, al morir, lo único que no nos llevamos es el amor que no hemos dado. No sé, es posible que esto sea cierto, y que todo lo demás venga conmigo, pero ahora solo puedo pensar en ella: en su olor, en su calor, en su confianza, en su sonrisa.

Eso es, ahora solo puedo pensar en ella, y en su sonrisa, y no tengo miedo.

Quién sabe, quizá el final no sea como siempre he creído.

Quizá, después de todo, María estuviera en lo cierto.

Quizá todavía pueda cumplir su promesa.

Quizá haya encontrado uno de sus grandes milagros, esos que estaba segura nos rodean constantemente, por más que nunca los sepamos reconocer justo a nuestro lado; puesto que, como ella solía decir, a fin de cuentas los grandes milagros son tan pequeños que apenas se ven...

PARTE I

UN COMIENZO

I

—¡Papá! ¡Papá, mírame!

La niña sacude la cabeza, como si pudiera así alejar de ella el dolor, y vuelve a dejarla caer sobre la mano de su padre, comenzando de nuevo a llorar.

Jaime acaricia sus densos cabellos, mientras parece sacudir también la cabeza. Se mantiene en silencio y no llora. Sabe que no debe hacerlo, por la pequeña, aunque siente las lágrimas, ásperas y rasposas, abrasándole la garganta.

Detrás de él, a un metro escaso de Pablo, frente a la ventana cerrada, la hermana de María solloza desconsolada sobre el hombro de Fran, que trata de protegerla de la desesperación y de la tristeza rodeándola entre sus brazos, a la vez que le susurra algo al oído con unos labios acostumbrados a reír, y que ahora apenas pueden contener el llanto.

Inesperadamente, uno de los extraños aparatos a los que David permanece conectado emite un sonido hosco y continuo, al que su hermano reacciona de inmediato retirando a la niña del lado de su padre y apretándola contra su pecho, que hace horas siente a punto de estallar.

Mira a David.

Le mira a los ojos, unos ojos oscuros y profundos de los que lentamente, muy lentamente, desaparece la luz.

Y, sin saber muy bien por qué, piensa en ella: en su olor, en su calor, en su confianza, en su sonrisa.

Y sonrío.

De repente, Jaime sonrío.

Sin motivo, sin razón, casi sin querer.

Solo sonrío, convencido de que, a pesar de todo, no está sonriendo solo.

II

“Definitivamente, el tiempo se va”.

David no entiende por qué, pero esta idea emerge con fuerza desde algún lugar impreciso e irreconocible de su cabeza, como si, de nuevo, sus pensamientos hubieran aprendido a discurrir sin contar con él.

“No importa lo mucho o lo poco que hayamos vivido, lo cerca que creamos estar de cuanto hayamos buscado durante toda una vida, o lo convencidos que estemos de tener aún cosas pendientes de hacer. Porque, al final, y a pesar de todo, de absolutamente todo, lo único seguro es que el tiempo, simplemente, se va”.

No quiere luchar más.

¿Para qué hacerlo?

Decide dejarse llevar por el inesperado tropel de sus cavilaciones, abandonándose al cansancio y a la profunda somnolencia que, de improviso, le embargan.

Nunca pensó que morir sería así.

Siempre creyó que sería algo terrible y doloroso; que sombras atroces le congelarían el alma y empaparían su memoria de temor.

Ahora se muere y, en contra de lo que siempre había imaginado, no tiene miedo.

Desvía la mirada hacia su hija. Contempla cómo le roza la mano con su mejilla, convulsionada por un llanto seco y silencioso, contenido y desgarrado, que solo puede brotar de unos ojos acostumbrados demasiado pronto y demasiado deprisa a sufrir; y es entonces cuando una repentina opresión le conmueve momentáneamente el corazón.

No, no va a arrepentirse de nada.

No tiene sentido.

Además, ha hecho lo que tenía que hacer, y sabe que ella, tarde o temprano, lo entenderá.

Suspira imperceptiblemente, sin dejar de mirarla.

¡Es tan hermosa! Tanto como lo era su madre, sobre todo cuando se mordisqueaba el labio inferior con la punta de sus dientes cada vez que no sabía qué decir, o cuando inundaba su rostro con esa inolvidable sonrisa suya en la que siempre pensó que podría llegar a ver sonreír al mar.

Su madre.

Su sonrisa.

Ella...

Así, sin más, desaparecen las dudas, mientras siente la llamada de la muerte reclamándole desde algún lugar más allá de su atormentada realidad. Y comprende que es una llamada que no puede ignorar.

Lentamente, todo desaparece tras el recuerdo de María, y de su sonrisa, a la vez que trata de despedirse, con una última mirada, de su hermano: lo único que le queda de un mundo grande y pequeño, complicado y sencillo, enloquecido y maravilloso, que hace años ha dejado de existir.

Ya solo hay silencio.

Silencios y recuerdos.

Recuerdos y ausencias.

Y, por supuesto, una secreta y renacida esperanza.

De repente, una luz cegadora y de intensa blancura deslumbra sus ojos.

Silencio.

Silencio y luz mientras, poco a poco, desaparece el mundo entero a su alrededor.

Desaparece su hermano Jaime, su querido hermano Jaime, con el que nunca necesitó hablar para poder entenderse. Desaparece Pablo, su tenaz marinero sin mar, en quien una vez descubrió que el amor no entiende de atajos, ni el corazón de disfraces. Desaparece su hija. Desaparecen Mónica y Fran. Desaparece aquella habitación de hospital. Desaparecen las presencias y las imágenes. Desaparecen las formas y los colores... Todo lo devora la intensa claridad que, de repente, le rodea.

Él mismo comienza a desvanecerse dentro de la luz, como si fuera una gota de lluvia que, sumisa y reverente, se disolviera en la inmensidad del océano, junto con otras gotas de lluvia que una tempestad desbocada arrojara en él.

“Quién sabe, quizá el final no sea como siempre he creído”.

Ni siquiera puede ya razonar con normalidad.

Siente cómo se deshacen también sus pensamientos, su realidad, incluso su esencia más irrenunciable parece disiparse en la nada, hasta que se reconoce como un enorme vacío de luz.

Porque ahora solo existe la luz, dentro y fuera de él.

Una luz absoluta e insaciable que le llena de nuevo de temor, y de una irrefrenable necesidad de huir.

Solo la luz existe ahora.

Solo el silencio, el vacío y la luz.

—David...

Ha oído una voz. O eso cree.

Ha oído una voz surgiendo de la luz, formando parte de ella.

—David...

Ha vuelto a escuchar la voz. Ha vuelto a oírla, lejana e impersonal, llenando el vacío que le rodea.

—¡David!

Ha oído, de nuevo, la voz. La ha vuelto a oír, igual que vuelve a oír sus propios pensamientos.

Pero, ¿de qué se sorprende?

Él existe. De eso está seguro.

Porque puede pensar, y puede recordar.

Y quien puede pensar, y puede recordar, existe.

Entonces, si él existe, también podría existir alguien más allí.

De pronto, una sombra borrosa e informe surge de la luz, tiñendo un trocito de su nueva realidad.

—David...

La voz resuena esta vez mansa y despejada, emergiendo de aquella sombra que ha surgido de la luz.

No hay duda: la voz existe.

La sombra existe.

Por lo tanto, aquel desierto absoluto de silencio y de luz no puede ser real.

En el preciso instante en que piensa esto, comienza a sentirse como una sombra ajena a la luz, y ajena a un vacío en el que acaba de decidir no puede creer.

Una sombra capaz de pensar, de recordar, de hablar.

—¿Quién eres?

—Me conoces, David. Has venido a buscarme, como yo he venido a buscarte a ti.

—¿Eres la Muerte?

—¿La Muerte? —repite aquella voz—. No lo sé, supongo que soy quien tú quieras que sea. Es lo más justo que te puedo ofrecer, después del viaje que has hecho para encontrarme.

La sombra se perfila un poco más, sin llegar a alcanzar ninguna forma concreta.

—Estás cambiando.

—No exactamente, me estás haciendo cambiar tú. ¿No lo entiendes? Soy quien tú quieras que sea. Solo tienes que darme un nombre, que buscar en tu memoria, que creer, y este absurdo vacío desaparecerá de nuestro lado.

Sí, es la Muerte.

Tiene que ser la Muerte.

Únicamente la Muerte podría estar allí, junto a él, en aquel apabullante yermo de luz.

—¡Las manos! ¡Puedo verte las manos!

—¡Eso es, David! —exclama la voz—. Búscame en lo más profundo de tus sueños. Búscame en tus recuerdos.

Despacio, el vacío comienza a desmoronarse, igual que si pudiera derretirse la luz, bosquejándose en torno suyo cientos de sombras que, tan pronto David las reconoce, se manifiestan en la plenitud de su infinito abanico de matices y colores, como si siempre hubieran estado allí, con él, en aquel vacío en el que llegó a pensar que nada podía existir.

La voz tiene razón: solo debe buscar en sus recuerdos...

Una luna redonda y blanquísima cuelga ahora sobre él, en el cielo, iluminando una noche brillante y transparente que acaba de rescatar del silencio y de la luz.

Y ahí está el mar.

Ha buscado en sus recuerdos, y en ellos ha encontrado el mar.

Y ha encontrado aquella luna redonda y blanquísima, y aquella arena fina y suave, y aquel inconfundible aroma a brea y sal que persiste invariablemente unido a su primera y más entrañable memoria.

Se halla de nuevo en su pequeña cala, en su insignificante trocito de océano, rodeado por las mismas rocas corroídas y medio enterradas entre las que pasó gran parte de su corta infancia imaginando, con Jaime, las aventuras más descabelladas que le pudieran inspirar los libros que por aquella época devoraba sin cesar, o apurando las últimas horas del ocaso esperando ver pasar frente a ella la silueta del barco pesquero de su padre, o el de su hermano Antonio, confiando descubrir, colgando de sus redes, algo similar al primer rayo de sol.

Una cala solitaria y recogida en la que solía también recibir cada mañana el amanecer junto a María, trazando con sus huellas confundidas un camino que en seguida se fundiría con los insolentes vaivenes de la pleamar. Una cala inolvidable y viva en la que el océano parecía querer ocultarse del abrupto acantilado que hería a las aguas un poco más allá, y que siempre pensó que debía de ser el lugar más hermoso de la tierra. Tanto que, de niño, estaba seguro de que allí debía bajar a bañarse Dios; porque, de niño, estaba seguro de que Dios sabía nadar.

A su lado, a dos o tres metros del rompiente de las olas, ve a un anciano delgado, de rostro sereno, cabellos parcos y canosos, y unos ojos oscuros y profundos que permanecen clavados en él.

David lo contempla atentamente, sin poder reprimir una insólita mezcla de alivio y turbación aferrada a su cabeza.

Nunca pensó que la Muerte sería así.

Siempre creyó que sería algo terrible y pavoroso; que le petrificaría la sangre con solo mirarla a los ojos.

Pero David mira a aquellos ojos oscuros y profundos y se siente, sin embargo, en paz, experimentando la extraña sensación de hallarse, de nuevo, en casa. Y hace mucho tiempo que

no se siente en paz, como hace mucho tiempo que no se siente en casa.

—Estamos en...

—Sí —le interrumpe su inesperado compañero—. Te dije que solo tenías que darme un nombre, que buscar en tus recuerdos, y esto es lo que has encontrado: lo que has querido ver.

David se vuelve hacia el mar, con el corazón palpitándole más y más de prisa dentro del pecho.

—Entonces, ¿esto es todo? —pregunta, desintegrando las palabras hasta convertirlas en poco más que un hilito de voz—. ¿No hay... más?

El anciano, o la Muerte, según acaba de darle un nombre, queda en silencio, también observando el océano.

“No...”, piensa David.

Aquello no podía ser todo.

Ella debería estar allí, con él, esperándole.

—La echas mucho de menos, ¿verdad? —asevera la Muerte, de improviso.

David contiene un estremecimiento, cayendo en la cuenta de que aquel personaje debía saberlo todo acerca de él.

—Y creías que ibas a recuperarla aquí —concluye.

—Supongo que sí.

—En fin, eso ya no importa —afirma, acercándose un par de pasos—. Ahora tenemos que irnos.

—¿Irnos, adónde?

—¿Aún no lo entiendes? Todo esto no es más que una ilusión; un sueño, dentro del sueño absoluto de la muerte.

—¡Entonces quiero soñar con ella! —le interrumpe—. Quiero volver a verla. Volver a verla sonreír.

La Muerte adopta un gesto más serio.

—Lo siento, no es tan fácil. Esto es lo que has querido ver, lo que has decidido encontrar en tus recuerdos, y nada puede variar eso.

—¿Ni siquiera yo?

—Me temo que no. Ten en cuenta que has sido precisamente tú quien ha decidido rescatar cuanto nos rodea de tu memoria, quien me ha llamado Muerte, y quien ha querido que nadie más estuviera junto a ti.

—¡Pero no puede ser! Esto no debería ser así. Ella me prometió que estaría aquí.

—Por favor, trata de ser razonable, y de aceptar las cosas tal y como son. ¿No comprendes que no puedes rebelarte contra lo que te está ocurriendo, contra tu destino, contra tu propio final? Y, mucho menos, después de los terribles acontecimientos que te han traído hasta mí.

El Viajero agacha instintivamente la vista, dejando la mirada fija en las olas moribundas que rozan sus pies.

El anciano tiene razón.

No puede rebelarse contra su destino.

No, después de cómo ha acabado todo.

Aun así, no puede evitar que vuelvan aquellos sentimientos de los que creía haber escapado para siempre, oprimiéndole la garganta hasta hacerle prácticamente imposible respirar.

Porque vuelve la angustia, vuelve la rabia, vuelven las ganas de huir.

—Venga, David, es la hora —insiste la Muerte—. Debemos partir.

—¡Es que no lo entiendo! —repite—. Ella debería estar aquí, conmigo.

De nuevo, suspira.

Un suspiro dócil y ligero que termina difuminándose en el monótono susurro del viento, proveniente del mar.

—Ella debería estar aquí...

—¡Esta conversación es absurda! —le ataja el anciano, encrespando levemente la voz—. ¿Cómo puedes estar tan seguro de que esto no debería ser así, o de que ella debería estar aquí, con nosotros?

—No lo sé; supongo que es una de esas cosas que sabemos sin más, y sin que en ellas podamos estar equivocados.

—Vamos, David. Tú más que nadie deberías comprender que todos podemos equivocarnos, incluso en aquello en lo que parecía imposible que pudiéramos hacerlo. Si no, ¿cómo se explica que cometieras el que, sin duda, fue el mayor error de toda tu vida?

El Viajero se vuelve hacia la Muerte, reencontrándose con sus penetrantes ojos oscuros, que permanecen fijos en él.

—¿Qué quieres decir?

No responde.

—¿Te refieres a lo que sucedió aquí, en esta misma playa?

—No insistas, muchacho. No es el momento, ni es el lugar.

—Por favor, dímelo. Necesito saberlo.

—¿Y por qué lo necesitas?

—No estoy seguro. Quizá es, simplemente, que preciso respuestas. Convencerme de que no tuve otra alternativa; de que todo lo he hecho por amor, y solo por amor.

—Ya deberías tener claro todo eso, como deberías estar convencido de los sentimientos y de los motivos que te han traído hasta mí.

—Pues no lo estoy.

—Pero comprendes, al menos, las consecuencias de tus últimas decisiones, ¿no es cierto? Y comprendes la gravedad y la trascendencia de cuanto hiciste, y de la manera tan horrible en la que decidiste venir a buscarme.

—Por supuesto que sí... bueno, quizá no del todo. Solo sé que ella debería estar aquí, conmigo, y que esto no debería ser así. Aunque me imagino que nada de esto tendrá sentido para ti; que creerás que me estoy volviendo loco.

—Al contrario —contesta, extrañamente sobrecogido—. Tiene mucho sentido. Mucho más del que puedas, siquiera, imaginar. De hecho *todo tiene, ahora, sentido*.

En este momento se queda unos segundos pensativo, atando las palabras a un silencio repentino, y perdiendo sus pupilas en la visión del mar nocturno y sosegado que se abre

ante ellos. Unos segundos eternos en los que el Viajero vuelve a experimentar la indefinible sensación de que el tiempo pudiera tornarse denso y translúcido al pasar a su lado, como le pasara años atrás, al contemplar por última vez el mar junto a todos sus hermanos.

—¿Por qué no? —dice, al fin, el anciano, sonriéndole con una sonrisa familiar y cercana que, por un instante, le recuerda a David otra sonrisa familiar y cercana que creía haber olvidado por completo—. Verás, voy a proponerte algo: una pregunta, y una recompensa.

—¿Una pregunta y una recompensa?

—Eso es, una pregunta para la que existe una única respuesta correcta, y que, si eres capaz de encontrarla antes del amanecer, te permitirá elegir el camino a seguir tan pronto termine esta noche que has rescatado de la nada, de tu memoria y de la luz.

—¿Me estás diciendo que me harás una pregunta, y que, si soy capaz de darte la respuesta correcta antes de que termine la noche, yo mismo elegiré mi camino más allá de la muerte?

—Exacto. Justo eso es lo que te acabo de proponer.

—¿Y qué perderé si no acierto?

—Nada que no hayas perdido ya. Si no aciertas, tendrás que aceptar lo que el destino tenía preparado para ti. Aceptar lo inevitable.

—Pero, ¿por qué quieres hacer algo así? ¿Y por qué precisamente conmigo?

—Eso no importa. Confía en mí, accede a mi propuesta, y estoy seguro de que antes de que salga el sol entenderás qué es lo que está ocurriendo, como seguro estoy de que será entonces, por más que antes llegues a convencerte de lo contrario, cuando tendrás que tomar la decisión más difícil, y más trascendente, de cuantas hayas tomado en toda tu vida.

David humedece, indeciso, sus labios.

—No sé qué decir. Todo esto es tan extraño.

—Pues dime que sí. Piensa que, bien mirado, no tienes nada que perder, salvo un poco de tiempo, y tiempo es lo único que te queda.

—Ahí no te equivocas. Sin duda, tiempo es lo único que tengo ahora. ¿Cuáles son las reglas?

—Apenas las hay. Antes de que amanezca deberás darme una respuesta y, en el caso de que esta sea la que espero escuchar, decidir cuál quieres que sea tu destino más allá de esta playa.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo. El resto dependerá exclusivamente de ti.

—¿Y cuál sería la pregunta?

—Creo que ya la debes sospechar: tendrás que decidir cuál ha sido el mayor error de toda tu vida.

—¿El mayor error de toda mi vida? He cometido muchos errores a lo largo de mi vida. Al fin y al cabo, en eso consiste vivir.

—Desde luego, pero has cometido un único gran error, del que derivan todos tus demás errores. Y ese error es, justamente, el que debes buscar para mí.

—No existe tal error. No existe una respuesta a tu pregunta.

—Sí que existe, te lo aseguro. Y es más sencilla de lo que te puedas imaginar.

David traga saliva, se palpa la mejilla con la palma de la mano, y se aproxima a una roca situada a varios metros del agua, apoyándose en uno de sus salientes.

—¿Qué se supone que debo hacer para encontrarla?

El anciano se sienta en la arena, frente a él.

—No tenemos prisa. No todavía. Háblame de ti, de tus recuerdos, de tus secretos, de tus sueños... Ten en cuenta que lo que buscamos puede estar en cualquier parte, cuando no sabemos qué es lo que estamos buscando.

El Viajero observa brevemente el cielo, limpio y estrellado, para volver a mirar a aquel personaje que, atento y expectante, le contempla.

—Venga, David, hazme caso y acepta lo que te propongo, aunque solo sea por curiosidad.

—Está bien —consiente, tras una prolongada reflexión—. Cierto es que nada tengo que perder. Intentémoslo, anciano, y veamos adónde me llevan tus palabras.

La Muerte asiente, con satisfacción.

—Magnífico... Ya verás cómo no te arrepientes de la decisión que acabas de tomar.

David vuelve a reposar la espalda sobre la rugosa frialdad de la roca que le sirve de apoyo.

Se siente azorado, confuso. Y, a pesar de ello, va a hacerlo.

¿Por qué no?

Realmente, no tiene nada que perder.

Además, ¿y si el anciano tuviera razón? ¿Y si pudiera volver a verla, tan solo encontrando una respuesta para él?

Después de todo, lo único que le pide es que decida cuál ha sido el mayor error de cuantos ha cometido en su vida; que le hable de sus sueños, de sus secretos, que recuerde su historia para él.

Y nada hay más sencillo, ni más intrascendente, que recordar.

Después acaricia a su hija, contemplando su rostro, sobrecogido y radiante. La acerca hacia él y, tras besarla en la frente, la acurruca sobre su pecho, al tiempo que, apoyando la mejilla sobre su cabeza, mira a la ventana cerrada con los ojos muy abiertos, como si la viera por primera vez.

Y, más allá, mira a una calle apenas transitada que, lentamente, comienza a despertar.

Y, más allá, mira a su pequeño pueblo pesquero orillado a la vera del Estrecho de Gibraltar, justo donde el Océano Atlántico y el Mar Mediterráneo se confunden en una sorprendente explosión de arena y sol.

Y, más allá, mira a las perezosas nubes que rara vez cubren el cielo, constantemente teñido de un azul profundo y doloroso.

Y, más allá, solo un poco más allá, ve los primeros y más deslumbrantes destellos de un sol recién nacido, que entran ahora a raudales por la ventana, inundándolo todo, absolutamente todo, de infinitas palomas de luz.